

DISCURSO

pronunciado por el Pbro. Dr. Prof. Manuel Montaner Salazar, Encargado de la Dirección del Instituto Pedagógico, en el Acto Académico de Graduación de la Promoción de Profesores "Rómulo Gallegos".

Manuel
MONTANER SALAZAR

El Presbitero, Doctor y Profesor MANUEL MONTANER SALAZAR, en la actualidad Encargado de la Dirección del Instituto Pedagógico, es sin duda una de las figuras más relevantes del clero y de la Docencia Media en la Venezuela del presente.

Nacido en Pampatar, el 17 de junio de 1904, desde muy joven se vió atraído por las dos vocaciones que más enaltecen la humana condición: el sacerdocio y el magisterio. Diríamos mejor, por una vocación, ya que ambas tienen tanto en común que bien puede integrárselas en una sola y única.

Su anhelo de perfeccionamiento lo llevó a Roma, donde obtuvo el título de Doctor en Ciencias Eclesiásticas, en la Universidad Gregoriana, que luego revalidó en la Universidad Central de Venezuela, al propio tiempo que concurría como alumno regular al Instituto Pedagógico, de donde egresó en 1940 con un nuevo título, Profesor de Educación Secundaria y Educación Normal, en las Especialidades de Literatura e Historia y Geografía, formando parte de la primera promoción de dicho establecimiento, la Promoción "Hugo Pérez Rodríguez".

Los cargos que ha ejercido en el magisterio nacional se remontan a 1936, año en que lo encontramos de Director de la Escuela Federal "Antonio Díaz", de Juangriego. Luego se abre un paréntesis en su vida, el período de sus estudios en el Instituto Pedagógico, que se cierra cuando se reinicia como Profesor en el Liceo



de Aplicación (1939-1943), en la Escuela Técnica Industrial (1940-1942) y en el Liceo "Andrés Bello" (1943-1948).

En 1945 ingresó al personal docente del Instituto Pedagógico como Profesor de Psicología. Desde ese año ha desempeñado diversos cargos en el mismo, entre los cuales son de destacar: el de Jefe del Departamento de Castellano, Literatura y Latín (1948) y —por jubilación de su antiguo maestro, J. M. Escuraina Duque— el de Jefe del Departamento de Pedagogía, a partir de 1951 hasta febrero del presente año en que fué exaltado a la Dirección del plantel. Fué precisamente su estada en el Departamento de Pedagogía, con la diaria visión de conjunto de los problemas educativos nacionales que su administración demanda, el mejor entrenamiento hacia la tecnificación para el desempeño eficaz del cargo que el Ministerio de Educación le ha confiado en la actualidad.

Tiene a su haber el Presbítero

y Profesor Montaner Salazar, además, la redacción de varios textos de enseñanza: "Historia General de la Civilización", "Geografía Física de Venezuela", "Geografía Económica de Venezuela", "Geografía General", "Geografía de América", "Morfología y Sintaxis Latina", "Latín y Raíces Griegas", la Colección "Amanacer" y "Mi Venezuela" (Primer Libro de Lectura). Las dos últimas para Educación Primaria.

Es miembro del Instituto Histórico-Geográfico Americano y del Colegio de Profesores de Venezuela, del cual fué Presidente.

Este "BOLETIN", con legítimo orgullo y complacencia, inserta en las páginas que siguen el texto del discurso pronunciado por el Pbro. Dr. y Prof. Montaner Salazar en la oportunidad del Acto Académico de Graduación de la Promoción de Profesores "Rómulo Gallegos", que tuvo lugar el 1º. de agosto del presente año.

R. P-D.

Señor Ministro de Educación;

Excelentísimo Señor Arzobispo de Caracas;

Señor Vice-Presidente de la Comisión Rectoral de la Universidad Central y Señor Rector de la Universidad Católica "Andrés Bello";

Señores Directores del Despacho de Educación;

Señor Presidente del Colegio de Profesores de Venezuela;

Señores Profesores integrantes del Consejo Académico del Instituto Pedagógico;

Señores Profesores del mismo Instituto y del Liceo de Aplicación;

Señores Profesores neo-graduados, de la Promoción "Rómulo Gallegos";

Señores... Señoras...

De año en año, siguiendo el rito consagrado por la tradición, nos reunimos aquí para hacer entrega a los promovidos, del título que les otorga el derecho de Profesores de la República.

Reviste el acto el significado del galardón que se obtiene tras una serie de esfuerzos realizados ya en la serenidad del aula, ya en la impaciencia febril de los laboratorios, bajo el rigor de



una acendrada disciplina, con el propósito de arrancar los secretos a la naturaleza e ir por los caminos de la cultura sembrando de luz los horizontes de la vida.

Con cuánta solicitud de desvelo se acuna la esperanza de este supremo momento y, al llegar, cómo se estremecen los corazones de júbilo al vigor de la esperanza.

Mientras tanto allá está la Patria, testigo no sólo en el aula, enjambre de voluntades ansiosas, sino en las instituciones políticas, económicas y militares, de la acción fecunda de nuestros alumnos, y que ven en cada nueva promoción de esta casa de estudio, de disciplina en el trabajo, de responsabilidad y procederes ciudadanos, los agentes del espíritu renovador que esperan con ansia.

Esta noche os toca a vosotros medir la distancia que hay de la espera al futuro halagador y ante el júbilo que os embarga, pero también con la tristeza de dejar atrás estos muros venerandos, esperáis con ansiedad la palabra del adiós que ha de ser como la palabra guía de la última clase.

Me corresponde a mí, que no poseo otros méritos que los de haberme esforzado, así en los momentos gratos como en las circunstancias más difíciles, por ser tal maestro para tales discípulos, cumplir con tan difícil y trascendental tarea. Pero más feliz que el viejo maestro Próspero, inmortalizado por Rodó, y quien para despedir a sus alumnos con el mejor mensaje de su vida sólo podía inspirarse en el alado numen de bronce que presidía sus tareas escolares, yo, en cambio, por obra y milagro de vuestras voluntades, refrendadas por el ciudadano Ministro de Educación, Dr. Rafael Pizani, entreveo el mío, aunque a la distancia por motivos mayores, presente aquí en cuerpo y alma, y quien tras de glorioso peregrinar, junto con la unción de luto de su adorable esposa, nos trae al evocarlo el prestigioso ejemplo de su egregia figura, limpia de manchas como de enconos, en el anhelo de hacer sobrevivir a través de vosotros que, al querer signar con su nombre vuestra promoción os hareis sus mejores heraldos, su lucha de la hidalguía contra el gesto artero, del decoro contra la desvergüenza, de la actitud enérgica y responsable de los Santos Luzardos contra el zigzagüeo cobarde de los Mujiquitas, de la cultura, en una palabra, contra la barbarie.

* * *

Refiere una vieja leyenda que cuando Dios quiso hacer el reparto de los bienes creados entregó a unos hombres los cam-



pos, a otros los mares, a éstos los bosques, a aquellos las fuentes; y asimismo procedió en el reparto de las funciones del orden político-social.

Cuando lo hubo repartido todo, se presentaron dos personajes: el poeta y el maestro. Pensativo quedó Dios, y al fin, dió al primero el espacio azul y al segundo la juventud.

Quiere significar esta leyenda que así como el poeta posee el don de crear lo bello, auscultando las voces profundas de la naturaleza, el maestro hace al hombre, moldeando esa entraña fecunda que es la adolescencia.

Todos sabemos, gracias a los adelantos científicos de la Psicología en los momentos actuales, el valor de esa etapa en el desarrollo psico-biológico del individuo. La conciencia del yo y del no yo engendrada en la niñez y jerarquizada a través de la pubertad, sufre de pronto, debido a un desconcierto de origen biológico que tiene una acentuada repercusión mental, un gran desequilibrio que deja atrás las experiencias adquiridas y sume al ser como en una selva oscura, víctima de dos fuerzas: la de la angustia sin automatismos adecuados y la de la ambición en pos de un ideal que lo redima y sublime. La personalidad del futuro no depende de la niñez, sino de ese instante decisivo, si se gana el cual todo está ganado; pero si se pierde, todo está perdido, porque como dice Spranger, "Una adolescencia extraviada malogra la existencia, mientras que la adolescencia normalmente desenvuelta constituye los pilares que sostendrán para siempre la personalidad".

Pensad, neo-graduados, la responsabilidad que os incumbe cuando la Patria al consagraros como Profesores de la República os dice: en vuestras manos entrego la juventud.

Nada tan complejo como nuestra juventud. Producto de los variados elementos étnicos que han concurrido a formar la composición de nuestra entidad nacional, constituye un conjunto abigarrado de excelentes cualidades con poderosos lastres y que sufren a la vez el impacto de una civilización importada que ha venido a detener el proceso de aglutinación y a volcar a gran parte de nuestros adolescentes hacia la vorágine de un mundo voluble, inconsistente y destructor.

El anhelo de vida interior que escocía los nervios de Reinoldo Solar, no ha sido aún satisfecho, no sólo en los bajos fondos sociales, sino tampoco en la juventud. Cunde como señales de un atavismo inveterado, la inconstancia, el desdén, la evasiva



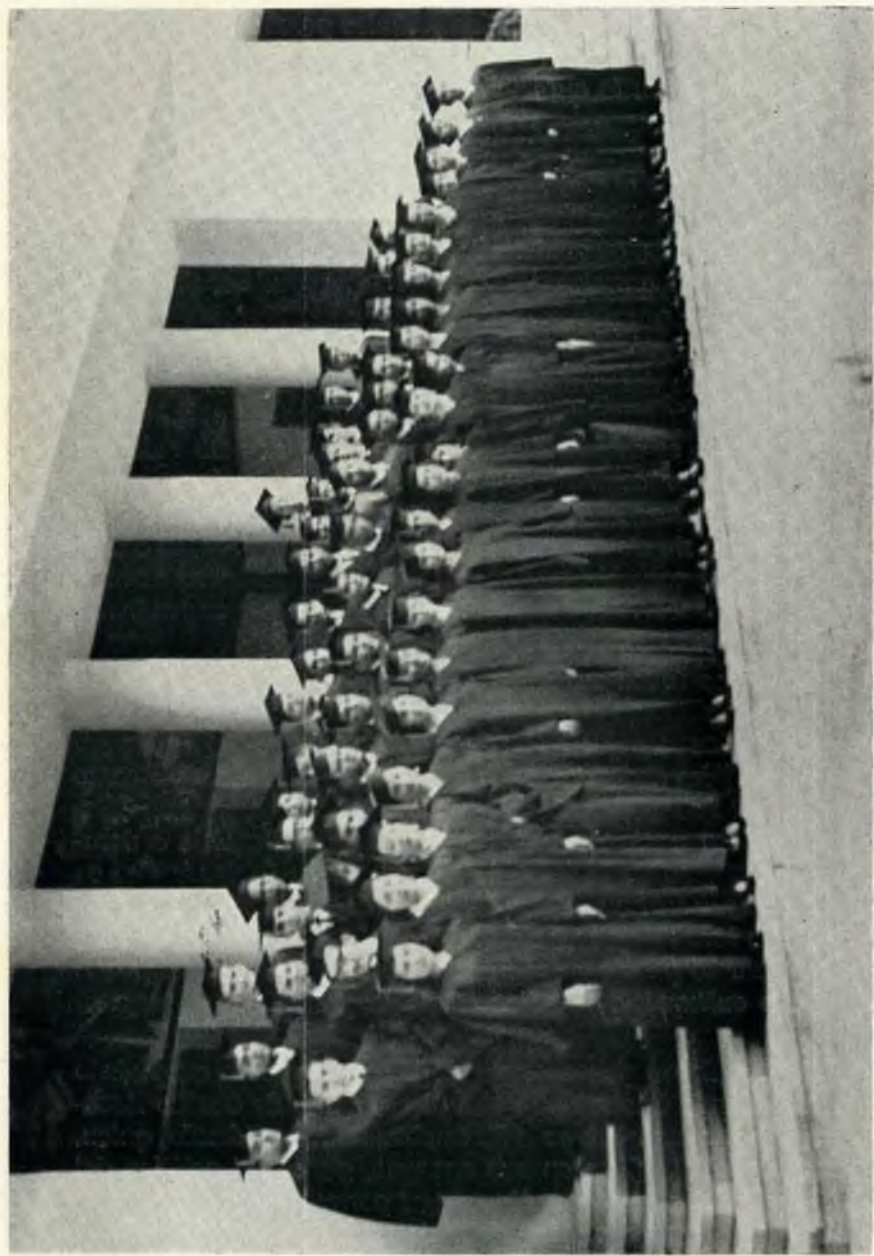
ante la actitud responsable, la versatilidad. Verdad que existe hasta rayar en lo sublime el arranque generoso por los supremos ideales; pero falta la continuidad ordinaria de la acción, que es como el cincel que labra las grandes personalidades; verdad que nos nutrimos de un acendrado nacionalismo, pero cuando él no se diluye en la euforia de un culto vacío de serios estímulos a los héroes, marcha sin sentido y adquiere formas insustanciales.

Esa manera de ser, si no se estudia con el propósito de encauzarla por los senderos de la superación, llega a proyectarse hacia la vida adulta, engendrando ese campo de descomposición social propicio al encumbramiento de los pseudo-sociólogos y filósofos de última mano que están muy distantes de la verdadera, no idealidad, sino realidad nacional.

En presencia del problema ha imperado más el fatalismo que el esfuerzo y hombres de pensamiento no han dudado en asumir para su solución, una actitud que se explica más por desespero que por espíritu reflexivo. Así, ante la incapacidad de poder adecuar el ímpetu de las resistencias aisladas con la actitud entreguista de determinadas circunstancias, se ha acudido, como a una solución por síntesis de la lucha entre amos y esclavos, a la socorrida tesis del caudillismo que engendra el Gendarme Necesario.

Pero, como todos sabemos y se ha expresado ya en diversos tonos, la tesis del caudillismo es a todas luces simplista y artificial, por cuanto deriva de la concepción errónea de las características fijas de las razas, y aun cuando puede surgir como producto de la desarticulación social y afianzarse por condiciones geográficas y económicas, es un artefacto llamado a desaparecer por medio de la educación, porque los factores que en su pro se alegan no son causas y han de dejar de existir cuando se realice la tarea de hacer a cada ciudadano capaz para entender y realizar el puesto que le pertenece como parte integrante de un todo cultural, económico, social y políticamente organizado.

Tal es el denso pensamiento pedagógico que es auspiciado por nuestros más ilustres antepasados al estilo de Cecilio Acosta y se deja traslucir a través de la obra de Don Rómulo, quien, ya en su novelística, ya en sus ensayos, ya en su política del externo llamado a la concordia, aboga porque la cultura sea el punto de apoyo para el desquiciamiento de la desintegración, alumbrado por aquel hilo de luz de la alborada de su juventud y



Promoción de Profesores "Rómulo Gallegos".

que, al ejercer su acción irradiadora sobre vuestra promoción que hoy se honra con su nombre, constituye uno de los más gloriosos arreboles de su prodigiosa vejez. "El cultivo de los hombres es el único medio viable de avigorar con energías de savias puras, el organismo demedrado de un pueblo".

* * *

Entre las diversas teorías sobre el arte, existe una que siempre ha llamado particularmente mi atención. Es aquella de Carducci, para quien tanto la Literatura como las otras obras de aliento inspiradas por el genio, no son sino la emanación moral del medio en que germinan, algo así como la irradiación espiritual de los pueblos que palpitan al soplo de puros y supremos ideales.

Si esa teoría puede ser discutida en otros campos, es aplicable, al menos, al de la educación. Sea que examinemos el pensamiento de los clásicos, sea que queramos recorrer el proceso histórico del concepto hasta llegar al de hoy, el hecho educativo, sin serlo integralmente, tiene mucho de arte, de un arte que consiste en reunir todo el acervo cultural de las viejas generaciones para alentar con él las nuevas, en el propósito firme de la superación.

Si todas las edades son propicias a esa ley pedagógico-social, ninguna en que se pueda ejercer a cabalidad y con mayores probabilidades de éxito su acción, como la de la juventud, por cuanto es ella el campo mejor abonado para las supremas afirmaciones.

Tras las contiendas por querer afirmar nuestra razón de ser, nosotros nacimos a la vida pública abrigando un ideal.

Bajo los efluvios de su inspiración consumamos la etapa de nuestra independencia política. Conducidos por sus sanos principios sobre los derechos del ser humano, realizamos mal que bien nuestra indepedencia social.

Pero, no obstante todo ello, hemos permanecido impotentes ante nuestro propio destino, sin haber podido afianzar como suprema norma de las relaciones comunes el sistema de nuestra vida política: la democracia.

¿Por qué? Porque como la histórica estatua de la Victoria de Samotracia, nos hemos perdido en alas, sin la cabeza guía del hombre como ser humano.

Justas son las reivindicaciones de orden social. De derecho la defensa de la igualdad del hombre ante la ley. Pero tan legítimas aspiraciones resultan vanas y nos ponen en el camino del eterno comenzar, mientras no nos preocupemos por formar tanto a quien reclama esos derechos como a quien está en la obligación de otorgarlos.

Porque ello no se ha realizado, hemos olvidado que la democracia más que letra muerta de constituciones que se violan al arbitrio de los poderosos, es modalidad de vida que consiste, no en deprimir a los legítimos valores para encumbrar a los engreídos, no en ahogar entre los desmanes el derecho, no en enlodar con la maledicencia el gesto denodado de los hombres probos y sinceros, sino en el sentimiento unánime porque se afiance el principio de que el derecho de cada uno termina cuando comienza el deber para con los demás; en la cooperación mutua por elevar la condición económica, cultural, moral y política del pueblo; en el propósito de ennoblecer así nuestro corazón como nuestro entendimiento; en el deber de capacitarnos para la vida pública; en el entendimiento de que no puede existir convivencia cuando se prefiere la alevosía y la procacidad al mérito.

Cuando se mide la acción del educador a la luz del deber de formar al hombre para la obtención de ese destino, se comprende que la tarea es amplia, pero que bien merece la consagración de una vida.

Dichosos vosotros si con sencillez y autoridad, con espíritu ecuánime y gran sensibilidad social, con estima de la profesión y entrañable amor por vuestro trabajo, con la constancia y el valor de verdaderos padres espirituales, os dáis a cumplir esa labor. Habréis arrancado el secreto del arte a la educación y os habréis consagrado como meritorios hijos de la Patria.

Se dice de los griegos que cuando por esa ley de expansión que es común a todos los pueblos, se veían obligados a alejarse de la Patria madre para albergarse en otro país extraño, no lo hacían sin llevar consigo un puñado de tierra y una partícula de fuego desprendida del fóculo sagrado. Vosotros en esta noche, por virtud de esa misma ley, partís de esta casa. Lleváis el acervo científico que os permitirá fabricar vuestras tiendas en otros lares. Pero sabed que, si queréis hacer vuestra labor fecunda, tenéis que animarla del soplo de los supremos principios sobre que descansa el valor cultural y moral del ser humano.

Y ya, echad a andar! Pero cualesquiera fueren vuestros caminos, tended la mirada a las estrellas y escucharéis de su sublime lenguaje, como en frase análoga dijera nuestro eximio poeta de alma cristiana y alas blancas, que el hombre fija el rumbo, pero... es Dios quien da el destino.

Señores...!